



Los dos niños se subieron al tranvía.

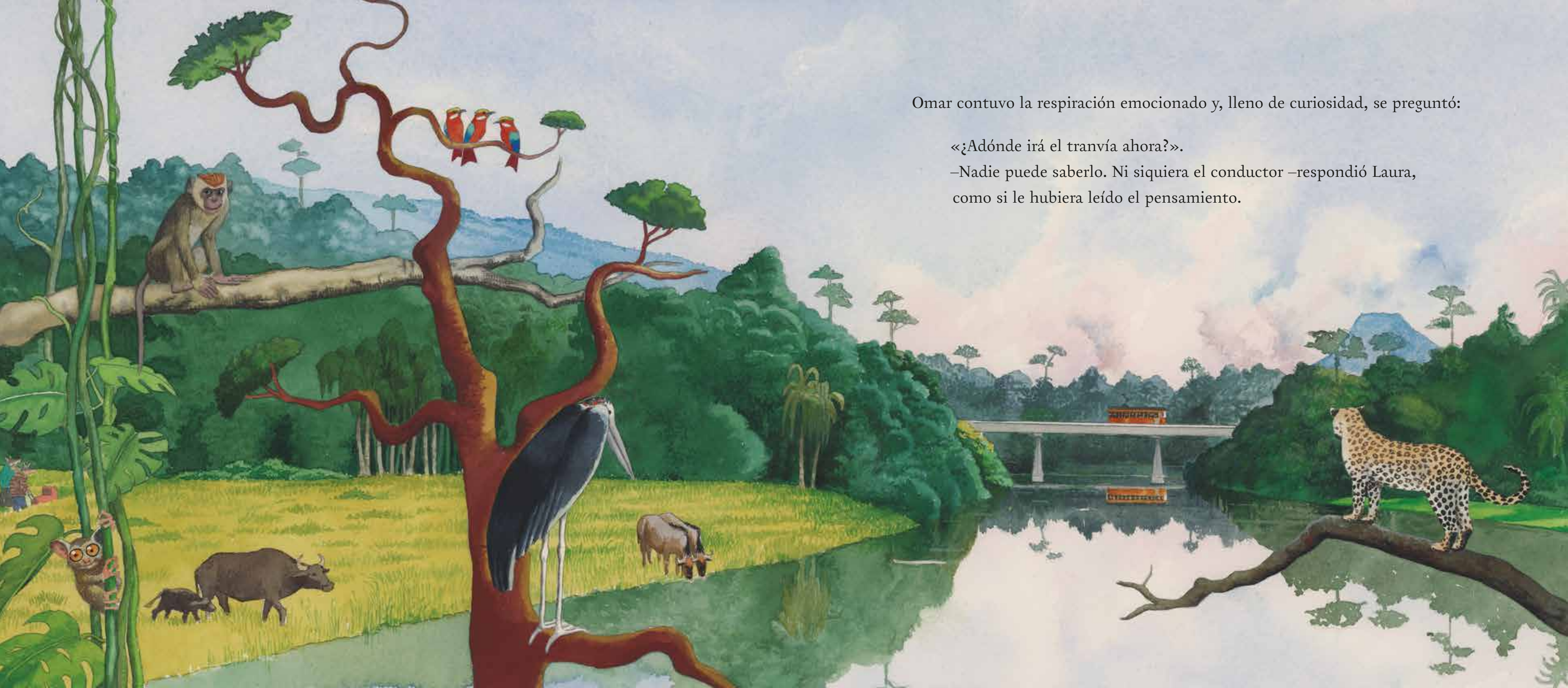
Omar miró a su alrededor. Los pasajeros estaban todos alegres.
Había incluso alguien cantando. Se fijó en el conductor
y le pareció un orangután.
Pero eso era imposible.



El tranvía reemprendió el viaje a través de verdes prados.

–¿Te gusta? –preguntó Laura.

–Mucho –respondió Omar.



Omar contuvo la respiración emocionado y, lleno de curiosidad, se preguntó:

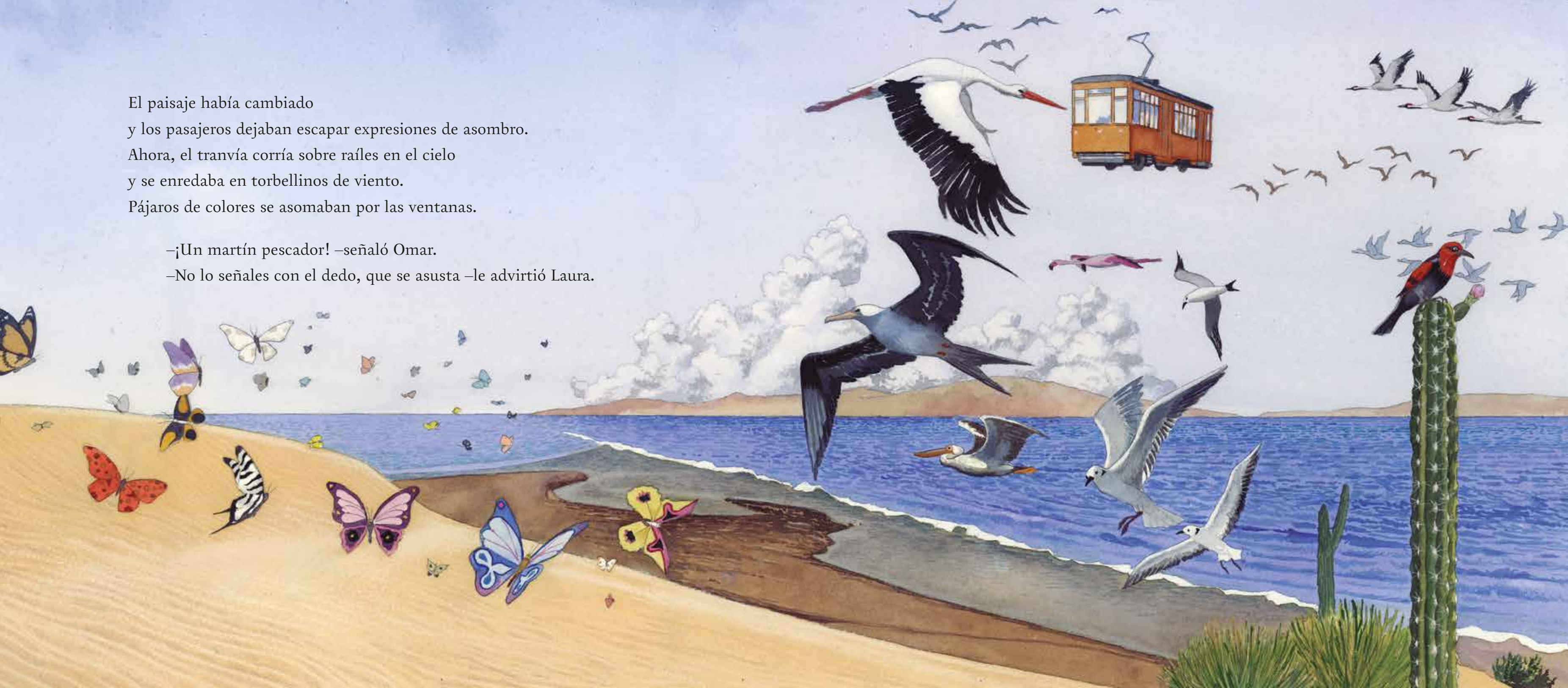
«¿Adónde irá el tranvía ahora?».

–Nadie puede saberlo. Ni siquiera el conductor –respondió Laura, como si le hubiera leído el pensamiento.

El paisaje había cambiado
y los pasajeros dejaban escapar expresiones de asombro.
Ahora, el tranvía corría sobre raíles en el cielo
y se enredaba en torbellinos de viento.
Pájaros de colores se asomaban por las ventanas.

–¡Un martín pescador! –señaló Omar.

–No lo señales con el dedo, que se asusta –le advirtió Laura.



De pronto, el tranvía aumentó la velocidad.

Al momento, se oyó un splash y se sumergió en el agua.

